

Aventura de un andante.

Al Sr. Dr. D. César Borja, poeta de verdad, autor
del bello libro: "Flores tardías y Joyas ajenas."

¿Que no hay caballeros andantes? Pecador de mí, tantos libros leído he, de soñados imposibles, de ideales amores, de tormentas en la altura, de penencias con los astros y de heridas que se curan con lágrimas ó con sonrisas, en las dulces poesías, que entraré en singular batalla contra cualquier gigante, como entre caballeros se acostumbra, ó iré contra todos en pelea, por sostener, defender y proclamar no sólo que hay poetas y que son verdaderos los encantamientos, las fazañas y las grandes maravillas que á tales caballeros acontece, sino que hubo Apolos y Orfeos en el mundo. Contemplado he, desde lejos, en la cumbre excelsa del Parnaso, el encantado castillo de las nueve Musas; y viven en la tierra, todavía, testigos sin tacha de la lucha de los gigantes que amontonaron, montaña sobre montaña, para escalar el Olimpo. El rayo de luna que besa la frente de Endimión; la onda sonora que lleva al amante de Leda; los blancos copos de espuma, de donde surge Venus, y la lluvia de oro que fecunda el seno de la desdeñosa amada, aquí, en la tierra, existen y elocuentes pruebas son de la verdad de tales historias; porque el amor tímido y el amor voluptuoso, la mujer ideal y la mujer vencida, todavía en el mundo son.

Hidalgos de buena cepa, soñadores de raza, traspasados caballeros para las altas empresas nacidos, los pobres poetas van por el mundo en busca de aventuras, y con la lira en la mano (instrumento que no mata, aunque á las veces hiere) y puestos los ojos en la sía par Dulcinea, luchan como esforzados y como buenos, en pro de menesterosos y de tristes, de oprimidos y de indefensas doncellas, exigiendo sólo, como botín del triunfo, un homenaje de los vencidos para la encantada Belleza, inspiradora del ardimiento y coraje en los grandes combates. Belleza por quien late, castamente enamorado, el noble corazón de todo caballero y á quien el vulgo escudero encuentra siempre aechando trigo y en otros bajos quehaceres, cosa ésta, que aun á los duques hace dudar de la alteza de una tan grande Señora.

Y así me sucedió, que para confirmar ser verdad, estas y otras muchas cosas, salí muy de mañana, por los campos de Montiel y velé las armas que de la crítica se llaman, en un encantado castillo que parecía venta; y aunque de las aventuras de mis primeras salidas, sólo conservo, como añoranza, las estacas de los yangüeses vuelvo á salir hoy, con armas blancas, como novel caballero, hasta que la suerte me depare desencantar á una princesa ó dividir á un gigante, y venga por ello, á ser confirmado en la alta, noble y muy útil orden de la caballería; y voyme á las justas de Zaragoza para ver y conocer á un tal caballero que de las *Flores tardías y Joyas ajenas* se llama, que en una de sus grandes aventuras, mi nombre mienta con una cortesía y un comedimiento, dignos de tan cortés y comedido personaje, el cual querido ha darme su propia gloria; porque en esas almas soñadoras, la nobleza es igual á la cortesía, y la grandeza igual á la generosidad.

Y en yendo por los campos del *Ideal en el Arte*, ví á las puertas de su rico castillo al caballero Taine que rodeado de otros caballeros, de doncellas y de cabreros les decía, para probar el grado de importancia del carácter esencial en las obras artísticas, unas muy elocuentes palabras y les hablaba con fuertes y buenas razones.

Embelesado con tan sabrosa plática, que entusiasmó á los caballeros, llenó de devoción á las doncellas y produjo hilaridad en los cabreros, me ausenté al pié de un árbol frondoso que junto á un arroyo crecía, y encomendándome á la Señora de mis pensamientos (pues aun los noveles y sin escudero, tener han su Dulcinea) juré no comer pan á manteles, hasta llevar á felice término una tan grande aventura que demuestre ser verdadero lo que el imponderable caballero Taine decía, esto es, que si hay especies y grados en el ideal, no puede indicarse un carácter que valga más que los otros, queriendo llegar, por este sendero, á medir y pesar lo que miden y pesan las traducciones poéticas, ó sea la realización de una misma aventura por dos caballeros de distinto traje ó hábito.

Y rumiando estas verdades, y recordando lo que en otros libros leído había, escuché el trino de las aves en la selva, con notas que no hay en el pentagrama, y luego, el susurro del viento entre las hojas y el murmullo del agua, al deslizarse entre las piedras; y en ese idioma entendí las voces que de Dulcinea me trujeron, idioma que no oían ni comprendían los cabreros. Y como en tales circunstancias, yo no estaba encantado, ni podía estarlo, porque armado caballero no soy todavía, vine en conocimiento de que la encantada y mudada, la ofendida y trocada era la alta fermosura por quien late mi corazón: la Belleza que la busco por todas partes y que en todas partes existe, aunque yo nunca la haya visto, pero que ojos más venturosos la han contemplado en toda su espléndida desnudez, sin los velos que el encantador, enemigo de mi fama, pone en los míos.

Y luego ví que el cielo con su magnificencia y la tierra con sus bellos paisajes (mudos siempre para los cabreros) hablaban conmigo trayéndome mensajes de la sin igual adorada Dulcinea, mensajes que no del todo traducirlos pude, porque el idioma de ellos no era el mío, no era el humano que para los menesteres de la vida sirve. De estas estupendas cosas que á mí me acontecían, sin estar encantado,

deducir hube que los astros al rodar en el espacio y la tierra al girar sobre sus ejes, conversan no sé qué cosas secretas; y, por ello, á publicar y á declarar vengo que el mundo universo habla, sin cesar, un lenguaje que pocos entienden, lenguaje en el que la Ciencia deletrea los enigmas eternos que canta la Poesía.

Y, en estas y en otras meditaciones, me halló el caballero Stein, ó por otro nombre, el de las *Leyendas del arte*, de quien yo sabía ser de la misma raza y valentía que el caballero por mí buscado, y así le dije: Señor caballero, atienda vuesa merced la súplica que le hace un acongojado, diciéndole dónde hallar ha, al tal caballero de las *Flores tardías y Joyas ajenas*, por vuesa merced conocido. El de las *Leyendas*, con gentil donaire y grave continente, me habló de esta manera: Si el noble ejercicio de la andante caballería fué y es en el mundo para los necesitados, contestar he á vuestras preguntas; y ansí os diré que el tal caballero que con tesón buscáis “es poeta, no de esos juglares de la fantasía y artífices de la imagen, sino poeta de hondo sentimiento: que es por lo que viven los poetas.”

Vínome, entonces, á la memoria cómo los famosos caballeros tomado han, su nombre, de las aventuras por ellos acometidas, y roguéle que, antes de pasar por su camino, aunque era ya tarde, me dijera por qué se le conocía al caballero á quien yo iba, con el nombre por mí llamado y por él confirmado; y respondiéndome, diciendo: Porque el dicho caballero, del escudo cuelga flores que “son tardías, porque salieron en sazón. Son los frutos de otoño, en hermosa madurez y con savia juvenil.” Y sin perdonar la espuela á su caballo, con las buenas tardes, se partió á su castillo, el caballero de las *Leyendas*, no sin que alcanzaran hasta mis oídos, las voces que iba diciendo, de cómo el de las *Joyas ajenas* “ha acertado á trasladar el genio del idioma francés al nuestro.”

La Selva oscura donde peleó el inmortal caballero Dante, no fué tan oscura y tan negra, como la en que yo quedé sumido, á tales razones; porque si habla la creación con un idioma que no todos en-

tienden, traductores son los que, con la pluma, el pincel ó el buril, nos dicen en lengua humana, lo que ellos aprendieron en divina; y así, aunque por famoso tengo al de las *Leyendas*, dudé de lo que él decía, porque al trasladar un girón del ideal, puesto en lengua humana, á otra humana también, no basta que se traslade el genio del un idioma al otro, pues la Belleza, aunque está en la forma, no lo está en las que se llaman primeras ó accidentales, sino en las segundas ó esenciales. Dudé, igualmente, de que sea susceptible de traslación eso que se dice genio del idioma; y pensé, en último término, que según este decir y afirmar, las traducciones poéticas de un idioma, en otro, no habrían importancia estética; y, mil veces pecador, yo tengo para mí, que las obras traducidas, cuando son buenas, valen tanto como las originales, y unas y otras acrecientan el tesoro de las letras y hacen famosos á sus autores, puesto que quien traduce, no directamente del idioma divino, sino del humano, menester ha de las mismas cualidades que para hacer la traducción directa. Si no fuera verdad esto que digo y sostengo, la obra del traductor sería la del artesano, no la del artífice, y nunca la traducción podría ser mejor que la poesía traducida, lo que, en veces, acontecido ha.

Y en esto, se me vino al cerebro, lo que con los fotógrafos y con los pintores suele suceder, que los primeros, mediante un trabajo meramente servil y porque son dueños de unas placas, sensibles á la luz, toman vistas y paisajes que no valen, ni valerán jamás, lo que las obras de los pintores que, con el fuego de la inspiración, ponen en el lienzo *eso* que las placas no ven ni perciben. De este modo, el pintor que, por no haber ido al paraje de donde se tomó la fotografía, quisiera trasladar al lienzo, bellamente, ese paraje, necesita poner, en las líneas y los colores, el *quid divinum* que conoce el genio, para que el resultado sea una obra de arte y no una copia; es decir, obra estética cuyo alto fin y norte es el homenaje que, al mundo vencido, se le impone de ir á postrarse de rodillas ante Dulcinea, la inmortal Belleza.

Todas estas lamentaciones que, sin pensarlo, dando estaba á grandes voces, atrajeron hacia mí, á un caballero, cuyo rostro no pude ver, á pesar de que venía alzada la visera, porque la noche cerrado había los balcones del rubicundo Apolo y los escasos rayos de la luna naciente, permitiéronme sólo ver que era caballero de la andante caballería, el que por el camino iba.

A usanza, pues, y según costumbre que, desde los tiempos de Homero y de Virgilio, se conoce, puesto en pie, depuestas mis blancas armas, con la diestra mano en la frente y la siniestra sobre el corazón, saludé al caballero, diciéndole cómo mis cuitas no eran otras que no comprender lo que valen, en poesía, las traducciones de un idioma á otro, repitiendo todo lo que de ello, pensado había, y todo lo que, el de las *Leyendas* dijo; y hube de añadir, cómo era hambriento, sin poder yantar, por lo del juramento y que yantar no habría, en toda mi vida, pues que la tal aventura que desligarme debía del sagrado, no estaba para mí reservada.

Rióse el caballero por la mi confesión, ó lo que yo más creo, por la manera como era hambriento, y dijo: Hermano, andante y sin castillo, ya que tan ardientemente deseáis abrazar la excelsa orden de la caballería, de la que tantas cosas se ha dicho, en los tiempos presentes y remotos, desde Aristóteles hasta Don Quijote, desde Feijoo hasta Menéndez y Pelayo, y de la que tantas cosas se dirán, en los tiempos que están por venir; Hermano sin ventura, ya que osado habéis emprendido en tan ardua acometida, ayudaros he, pues es propio de mi profesión y oficio atender las quejas de los cuitados; y esto diciendo, sentado al pie del árbol, con gentil cortesía, me invitó junto á sí, principiando la plática en estos términos: Bien decís, cuitado y novel caballero, que el cielo y la tierra, el espacio y la mar hablan un idioma magnífico, elocuente y conmovedor, pues escrito está que todas las cosas publican la grandeza de su Creador; y porque entendido he, ese idioma sublime, decir supa, lo que dice *El Agua*, y dice *Vespertina* y dicen *Recuerdos* y *Paisajes*; pero no sólo la Na-

turaliza entera nos habla con dulces armonías: hay seres invisibles que nos hacen misteriosas confidencias, y un genio benéfico (el encantador, amigo nuestro, que se llama Numen) nos habla, interiormente, de las cosas que están por de dentro de las cosas; de modo que nosotros, los de la andante caballería, vemos y oímos y conocemos maravillas que, ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento entendió, maravillas que están ignoradas todavía, hasta de los duques, quiero decir, de los que llama sabios el mundo.

Y en esto, alzando los ojos al cielo y apretándose el corazón con las manos, suspiró largamente, y dijo: Pero esta arte y ejercicio, cuán amargas decepciones consigo trae y cuánto martiriza y cuánto aniquila el peso de estas, al parecer, bellas armas; porque, sabedlo, hermano, para forjar la idea en el cerebro, hay un yunque infernal que golpea y golpea, sin cesar, y después, para grabar el pensamiento en el papel, en el lienzo ó en la piedra, necesario es poner en esas cosas, sangre de las venas y pedazos del corazón. No ser comprendido, convertirse en befa de los cabreros, es un tormento semejante al de Prometeo, á quien le llena de coraje la ira de los dioses, pero le enerva el pico voraz de los cuervos inmundos que destrozan sus entrañas.

Y, tan amargamente lloró y gimió el caballero que hube de decirle: Bien sabe, vuesa merced, como el más devoto anhelo, de este rendido servidor, es entrar en la gloriosa y nunca bien ponderada orden de la andante caballería; y así, con las tristes lamentaciones y lágrimas de vuesa merced, desistir he, en tal vez, de mi tan ferviente, como voluntario propósito, y la imponderable y nunca vista y sin par Dulcinea, no tendrá gigantes rendidos á sus piés, ni caballeros que la eternicen en la lengua de la fama.

Nombrado que fue el nombre de Dulcinea, hincó las rodillas el caballero y con la devoción con que se adora á Dios en el altar, dijo en altas voces, como semejanza de rezos y oraciones: Oh, Dulcinea, aurora sin ocaso, cielo sin nubes, estrella, luz y norte de la andante caballería, sólo por tí, alta y sin par hermosura, sufrir pueden estos pechos mortales, los

sinsabores de las aventuras, sin ventura, que buscan y pelean lós esforzados, los comedidos, los generosos caballeros que te sirven, proclamándote como á Señora, sin rival, en el mundo; y luego, con continente reposado y grave, continuó diciendo: Olvidemos, hermano, estas y otras cosas, volviendo á la plática primera, esto es, á las dudas que te acuitan, y enjugó las lágrimas de sus ojos y continuó de la manera que se dice, en seguida.

El mortal que entiende la lengua de los astros y de los dioses, camino lleva de ser inmortal, aunque bien conocido tengo que á esa cumbre se llega, hollando los zarzales de la montaña y subiendo por la roca escarpada que del Calvario se llama. Pero, no es bastante oír y entender el idioma divino de la creación, preciso es hacer entender de esas cosas, á escuderos y cabreros, en la lengua de ellos; y por esta razón, ó más bien sinrazón, los que únicamente saben del lenguaje de las alturas, inmortales son y serán, pero no famosos, porque las bocinas de la fama en manos de las turbas han, que no hacen sonar los tales instrumentos sino cuando se les habla el idioma que ellos entienden.

Maravillado estuve de la discreción y cõrdura del caballero que tales cosas decía; pero como el hambre me torturaba, y comer no podía del pan, único alimento que conmigo truje, humildemente, le rogué, diciendo: Bien pudiera, Señor Caballero, oír las sabrosas pláticas de vuesa merced, días, meses y años; pero, olvidado ha, vuesa merced que el hambre exigencias ha, demasiado crueles, con los que humanos somos y no encantados, y haga memoria del juramento que me liga de no comer del pan que truje.

En esto dijo el caballero: Bien hacéis, hermano, de llevar contigo pan para mitigar el hambre, donde la hubiéreis; porque el hambre es, ha sido y será la causa y el origen de muchos males, de muchas bajezas y de muchos crímenes; y para evitar estos tropiezos y precipicios, menester es proveerse del pan, aunque sean migajas ó mendrugos, que los acostumbrados al duro ejercicio de las armas, no han menester opíparos banquetes ni mullidas camas. Y an-

si para que tranquilo cenar podáis del pan que vigoriza al cuerpo y ennoblece al alma, porque no hay alma de mente sana, en un cuerpo enfermo, á desatar voy la atada, la añudada, la enredada maraña de tus dudas.

Díle las gracias al caballero, quien continuó diciendo: Todo habla, y todos hablan; de manera que, como todos dicen lo que oyeron decir, todos son traductores. Pero, las traducciones que se hacen con las incruentas y nobles armas de la pluma, el lápiz y el buril, de tres clases son conocidas y nombradas: 1.^a si se dice lo que otro dice, se llama copia; 2.^a si se dice á la manera de lo que otro dice, se llama imitación; y 3.^a si se dice lo que del decir del otro se entendió, se llama original y creación. Las dos últimas, las arduas y difíciles son, que no la primera; porque también copian las máquinas y los aparatos, sin que por este discurso, se venga en mengua, ni la honrosa labor del copista, ni menos las ventajas de la obra, porque copias útiles y provechosas hay, y de éllas se necesitan. Comprender has, hermano, por esta discreta separación de clases, cómo roto está el nudo de las dudas que os añudaba con lo del sagrado, que tanto monta cortar como desatar.

Mohino dejóme el caballero con estas razones, que no penetraban bien en mi cerebro, ni menos quitar podían los sufrimientos del hambre, y hube de interrumpirle, diciendo: Perdone vuesa merced lo que yo, hambreado y novel caballero, deseo conocer y entender es, cómo son útiles las traducciones poéticas de un idioma á otro, y saber, por ende, cuáles son las buenas traducciones, porque en esto, y no en otro, el busilis está de mi incauto juramento, de cuyo dogal ruego á vuestra magnitud y grandeza, se digne de libertarme.

Volvió á reir el caballero, diciendo: A esas lindes voy, con mi plática y discurso; porque lo que digo de la divina y sublime traducción que del gran libro de la Naturaleza hace el artista, traducción que se llama poesía, música, pintura ó escultura, lo mismo decir se puede de las traducciones ó traslaciones

de un idioma á otro. Así el caballero Víctor Hugo, uno de los andantes más famosos de los últimos tiempos, tradujo sus cantos del cielo, y para los humanos escribió en la lengua llamada del francés, y el que trasladara sus estupendos decires, á la sonora, fácil y fluida de Castilla, dando el significado de cada palabra, hecho habría una obra de copista traductor; y aunque es útil, para los que no saben del francés, entender lo que tan famoso caballero dijo, la obra no sería de la arte caballeresca. Y siendo esto verdad, como lo es, el verdadero traductor de Hugo, menester ha, de entender lo que Hugo dijo, y decir, *bellamente, eso que entendió*, á los que el idioma del francés no entienden, para vencer en esa alta empresa y salir airoso de esa lid.

Jubiloso, en demasía, corrí por el prado, diciendo á voces: Benditos los cielos que escucharon mis cuitas y hasta mí enviaron á un tal alto caballero que quitado ha, los negros velos que en los ojos del alma truje. Comer he del pan, cuanto me viniere en ganas, que el juramento ya no es conmigo; y fuíme á la despensa de mis alforjas y comí del candeal y blanco que allí había.

Rióse más á carcajadas el caballero, en viendo mis retozos, y dijo: calma, hermano, calma. Si desligaros queréis del juramento, necesitar has, de entender cómo son útiles, ventajosas, importantes y meritorias las traducciones; y, poniéndose de piés (que sentado hubo la plática conmigo) dijo: Los que al nacer, nacieron con alas; los que ven más allá de lo que ve el ojo humano; los que oyen la música de las estrellas, el idilio de las espumas y la canción de las tormentas, y comprenden el *fiat* que es el idioma eterno y creador, llamados son con el magnífico y cabalístico nombre de genios. Mas el genio que se encarna á veces en un hombre, y siempre en una raza, no se demuestra con los mismos caracteres en uno y otro hombre, ni en una y otra raza. Así la augusta grandeza de un nevado volcán en ignición, despertar han, el ardimiento y el coraje, en el genio batallador, el arrebató del éxtasis, en el genio de la contemplación y la irresistible devoción, que hace doblar las rodi-

llas para adorar á Dios, en el místico genio del creyente. Entendido habrás, hermano antes cuitado, por estas claras razones que fácilmente se deslizan, cómo las buenas y verdaderas traducciones que trasladan el genio de una raza á otra (no el genio del idioma, como dijísteis que dijo el caballero Stein) acrecientan el tesoro de las letras humanas y son útiles y valederas y meritorias, tanto como las creaciones.

Y esto diciendo, quiso alongarse el caballero; y como yo deudor fuí y soy de sus finezas y bondades, en la gallarda actitud del agradecido, le dije: Si las bocinas de la fama, en manos de las turbas son, bien puedo, aunque caballero no soy, hacer sonar la mía en pro de vuestra magnitud y grandeza; y así, ruego á vuesa merced, con todas las veras de mi alma, sea servido de decirme el vuestro magnífico y alto nombre, que tomado habrá vuesa merced de alguna famosa aventura. Y el caballero se gallardeó en la silla de su caballo Pegaso, á do subido había, y dijo: Yo soy el de las *Flores tardías y Joyas ajenas*.

Oh, valeroso y renombrado caballero, exclamé, conocedor fuí de las vuestras famosas hazañas, y en busca de tan alto caballero iba yo, á las justas de Zaragoza, porque agradecido vine al mundo, y agradecido soy y seré de los comedimientos y mercedes de vuestra magnanimidad. Deje, vuesa merced, que lo vea quedo, para que en el corazón se estampe la vuestra imagen, por mí tan buscada; y ansí, aunque hablar no puedo de vuestras imponderables aventuras y altos triunfos, porque quiso vuesa merced hacerme copártcipe de las glorias que por ellos han venido, pido y suplico, á vuesa merced, otorgarme una última y valiosa gracia.

Otorgada está la gracia que demandáis, contestó el alto caballero, pero pedidla prontamente, porque no pierdan estos momentos, los menesterosos y tristes, el auxilio que han menester del poder de mi brazo.

Y, con el altivo continente (que del caballero aprendido había) le dije: Si las vuestras traducciones, que á andantes caballeros dedicásteis, y de otros andantes tradujísteis, no son copias, sino bellas traduc-

ciones del genio del francés al genio de vuestra raza, no está bien que apelliden os por el de *Joyas ajenas*, pues *propias* son de vuesa merced las tales Joyas. Y aunque ingenioso y discreto fué el caballero de las *Leyendas* al confirmar vuestras flores de tardías, por lo sazonadas y maduras, y aunque, por miramiento á tal caballero, lo de *tardías* estuviera bien, no lo está, lo de *ajenas*. Y así la gracia y merced que demandado y rogado he, de otorgármela, no es otra que borrar de vuestro grande, sonoro y magnífico nombre, los epítetos ó adjetivos, y de hoy en adelante, llamar os debéis por el *caballero de las Flores y las Joyas*, que muchas y muy bellas las hay en vuestro escudo.

Y recordando el caballero que el primer nombre del Manchego, dado fué por el escudero, contesto diciendo: Vuestra demanda en nada se opone á las leyes de la andante caballería, antes la confirma y sostiene; llamarme he, como vos lo pedís, y luego fuése por el camino.

Y esta es la muy verdadera historia de la aventura de un novel caballero, que en el encantado castillo de Taine, pasó con el conocido de todos y por todos alabado *caballero de las Flores y las Joyas*.

REMIGIO ROMERO LEÓN.
